

ROBERTO ANDRADE.

E-840-ANDR

OLMEDO

Un Crítico Criticado.

PRECIO: 20 Centavos.

GUAYAQUIL.

IMPRESA DE "EL TELÉGRAFO"

1900.

OLMEDO

UN CRÍTICO CRITICADO

No ofendamos, pero defendámonos : en la ofensa hay villanía cuando sólo obedece á impulsión inmotivada ; en la defensa hay estimación propia, afecto que los moralistas elogian.

No hay caso en que la defensa sea injusta : cuando lo es, ya no es defensa ; ha degenerado en insurrección ó rebelión. ¿ Los hispano-americanos seremos otra vez rebeldes ó insurgentes si nos tomamos la libertad de criticar á un crítico español, y reirnos de sus aspavientos charros, como un nene se ríe de las iracundias de un abuelo ? Y si en esta madriguera de egoísmos, digo, en este hermoso mundo, nosotros no defendemos á los nuéstros, lastimados por cualquier advenedizo, nadie volverá por ellos jamás, y los otros adquirirán el derecho de mirarnos por encima del hombro.

Si echándola de aristarcos ó críticos, plántanse badulaques delante de noso-

tros, obsérvannos de alto á abajo, insultan á nuestros grandes hombres, tratan de amenguar nuestros derechos de hombres libres y de vilipendiarnos y humillarnos, cual si todavía fuéramos *caras ó quitus*, demostrémosles que su conducta es digna de reproche, que se han equivocado de todo punto y obliguémosles á dirigirse con la música á otra parte.

El ecuatoriano don José Joaquín Olmedo, sobre cuya tumba han llovido elogios más de medio siglo, primero fué respetado en Europa, luego en la América española y al último vino á serlo en su patria.

En Europa se le calificó de insigne poeta, en Hispano-América de insigne poeta y patriota, y su patria ha repetido estos encomios en justicia. Olmedo es, sin disputa, hombre ilustre, ya porque sirvió á su patria, ya porque fué honrado y virtuoso, ya porque escribió versos inmortales.

Este concepto no es solamente nuestro, nos es oportuno repetirlo: eslo de grandes escritores de América y Europa. ¿Y qué van á decir los ecuatorianos y, en general, los hispano-americanos, cuando sepan el juicio que acerca de Olmedo acaba de publicar un crítico español?

“De Olmedo dice el Padre Poncelis, que se le ha dado el título de *hombre ilustre* por sus virtudes cívicas.

“Entre las cuales, sin duda, se contará el conspirar contra España, al mismo tiempo que escribía versos adulatorios á sus Reyes

“Y añade el Padre Poncelis: nosotros agregaremos el de *poeta insigne* por sus bien pensadas producciones.

“Eso sí; bien pensadas sí pudieron ser, porque se solía tomar bastante tiempo para componerlas.

“Pero como no era poeta, ni insigne, ni siquiera regular, no le salían poesías sus producciones, ni aún después de haberlas pensado mucho.”

Quien empieza así su opinión acerca del ecuatoriano Olmedo, es un español llamado Antonio de Valbuena, ó sea, Miguel de Escalada. Ambos nombres se leen en la portada de un libro, titulado, con gran ingenio, *Des-Trozos literarios*; pero nada nos da á saber cuál sea el seudónimo. Nosotros conocemos poco la literatura española moderna, y apenas se nos acuerda el nombre de Valbuena: no sabemos, pues, cuál de los dos sea el nombre verdadero. Dos nombres para designar un solo autor, escritos en un mismo frontispicio, es una verdadera

extravagancia... de los genios; dos nombres y apellidos corrientes y molientes, como si dijéramos dos padres, ambos con iguales títulos, si se tratase de los derechos de un hijo. En este último caso hay madre; en el primero... ni abuela, á no ser que las veces de ambas hagan los mismos autores, lo que sería un caso realmente singular. Lo que no vemos es la razón para usar esta clase de seudónimos. La modestia no ha de ser, ya que en el libro en cuestión uno y otro nombre están juntos. El miedo tampoco ha de ser, y la razón es la misma anterior. ¡Cosas de los genios! ¿Mas porqué el señor de Valbuena no consideró siquiera en que no todos sus lectores serían sus vecinos y en que algunos tendrían interés en saber su nombre y apellido? Puede suceder también que los "Des-Trozos" hayan sido escritos por dos, los señores *de* Valbuena y *de* Escalada. Si el autor es uno, peor para él: si los autores son dos, pártanse como hermanos lo contenido en el presente artículo.

El *de* en los apellidos nos asusta, desde las "Catilinarías" de Montalvo; y el *de la* todavía más. Razón tuvo el escritor peruano D. Fernando Casós, de quien se refiere un hecho trágico: entró

á una casa de esas solariegas de Lima:— El Sr. Riva Agüero? preguntó.—Dirá Ud. el Sr. de la Riva Agüero, contestó una voz desde adentro.—Sírvasse Ud. anunciar al zambo de la Casós.

De susto ha de haber dicho así D. Fernando, porque ¿creen ustedes que uno no ha de asustarse con un estallido semejante?

Si el señor de Valbuena quiso, como es probable, asustar á los hispano-americanos, debió, de una vez, haberse firmado *Antonio de la Valbuena*, y no *Antonio de Valbuena*. ¡Adoptar el *de* hasta en seudónimos, y habiendo de escribir como plebeyo!

Genio ha de ser ese señor de Valbuena, de seguro, y lo prueba el estar viendo lo que sus mismos compatriotas no han visto, esto es, que Olmedo no es poeta ni siquiera regular; genio que se destroza literariamente él mismo, como un escorpión en un círculo de brasas, según que lo vamos á ver en una de estas páginas. Los genios son originales, sabido es: original es decir que Olmedo no es poeta ni siquiera regular, fundándose en que "*trueno* y *horrendo* son asonantes", en que "*sordo retumbando* es hueco", en que "*impera* no es aplicable

al Dios del cielo”, y en otras observaciones admirables.

Transcribiremos algunos trozos de los *Des-Trozos literarios*, para que en nuestra patria sea conocido el *Destrozador del Canto á Bolívar*.

Cita las siguientes frases de un jesuita:

“Es opinión firme y asentada de algunos, que en la Compañía anda todo á las mil maravillas. Todo lo que nace bajo su influencia ó inspiración, nace bajo la estrella del acierto. Esto es lo que piensan algunas gentes”.

“De esas gentes soy yo”, exclama nuestro sabio crítico.

“Lo fui desde muchacho y lo soy todavía, sin ánimo de cambiar de opinión”.

He ahí un gran descubrimiento. ¡El señor de Valbuena ha sido el Padre Valbuena! Con este descubrimiento queda explicada la inquina que dicho crítico muestra á todo lo elevado. En el Ecuador hay más Padres Valbuenas que en toda la redondez del orbe católico, tan fieros, tan ásperos, tan intolerantes, tan con *de* en el apellido como él; pero menos pretenciosos.

En otro punto dice:

“De manera que únicamente la vanidad americana de Oyuela y del Padre

Poncelis es lo que les impide hacer coro de todo punto á las acusaciones estúpidas de sus hermanos contra la nación caritativa y generosa que les lavó la cara y el alma, les quitó las plumas y el taparrabos y les vistió de personas decentes ”

Si este escritor tuviera crédito, si fuera de aquellos que se inmortalizan, indudablemente causaríá grave daño á España porque en todo tiempo le acarrearíá odios funestos. ¿No tiene *de* en el apellido el señor de Escalada? Cuáles son las ventajas del linaj- si sus reflexiones son las de cualquier zampatortas? ¿Hay caridad y generosidad en, sólo por halagar á conterráneos plebeyos, tratar así á hermanos ó á hijos, hijos que salieron de la patria potestad, ó mejor dicho, de la tiranía de padres petu'antes? Escribir así después de siglos de verificado un hecho, después de que los mismos concurrentes á él lo han juzgado á juicio de buen varón, cuando los mismos españoles cultos están confesando el descarrío de sus progenitores y tendiendo á la confraternidad y al olvido de ultrajes recíprocos, ó es ignorancia suma, ó es corrupción de alma, ó es salida de escritorzuelo chirle con el objeto de llenar una página para que sea vendida á buen precio.

“Si alguna cosa apareciere en este libro contraria á la fé católica ó á las buenas costumbres, téngase por no escrita”, dice el irremediable párroco al fin del libro en cuestión.

La fé católica y las buenas costumbres consisten, pues, en odiar al prójimo de muerte, aunque por parte de él no haya sino benevolencia. Ya sabíamos que ésta es la fé católica de los asesinos de papas y monarcas. ¡Fé católica! La fé católica hasta obceca y entontece. ¡Un individuo español insultando á los hispano-americanos con la ocurrencia de que España nos lavó la cara y el alma, y nos quitó el taparrabos! ¡Y qué cara, si España vino á dárnosla? Y qué taparrabos, si todavía no teníamos dónde ponérmolo? ¡No fuimos engendrados y educados por los mismos españoles? Decir esas cosas es escupir al cielo. Si ese señor habla de los aborígenes, ahí yacen esos infelices con plumas, taparrabos y tapaagujeros todavía, tan esmerada fué la educación que plugo á los españoles concederles, y que á nosotros nos es muy arduo cambiarla, á pesar de que ya vamos aprendiendo lo que los españoles no tuvieron cuidado de enseñarnos. Los españoles educaron á los americanos con látigo, arcabuz y perros, aun después de

haberles sometido, y les arrancaron del alma toda afección generosa. Olio fué todo lo que aprendieron los indios; y como no les era posible saciarlo á las claras, acudieron á la socarronería y después á la abyección, y en ellas están vegetando, muy agradecidos de sus d6mines. Nación caritativa y generosa la que en algunos siglos de dominio no hizo sino provocar conspiraciones, no ya á una raza extraña tansolo, sino también á sus mismos descendientes? Cuba y otras colonias lo están comprobando. No sabemos que en Australia y la Martini-ca, por ejemplo, se estén quejando de sus respectivas Metr6polis.

Si nosotros nos quejáramos de España, habría tal ó cual razón, como la hubo cuando nos emancipamos á poder de cañonazos.

“Guerra de la independéncia”, continúa diciendo el *Des-Trozador* de las leyes naturales.

“No parece justo llamarla así. Así se ha llamado y se llama la lucha heroica que, al comenzar la presente centuria, sostuvo España, Nación independiente desde muchos siglos, contra la invasión napoleónica; injusta é ilegítima á todas luces. Qué parentesco tiene con aquella guerra necesaria, noble y gloriosa, la

insurrección de hijos rebeldes y desagradecidos contra la autoridad de su madre?"

Si el crítico no fuera eclesiástico, sería necesario tenerle por loco. Los eclesiásticos usurpan la autoridad del mismo Dios y mandan al cielo ó al infierno, según su capricho. No es extraño que este sacerdote pretenda violar las leyes naturales, pretenda que le obedezca el tiempo, como Xerxes quiso que le obedeciera el mar. Porque Hispano América no fué *independiente desde muchos siglos*, tenía que permanecer para siempre ensogada debajo de los pies de españoles? ¿Por eso mismo la lucha no fué heroica, como fué la de España con Francia? Quiere que no corra el tiempo, quiere que el enfermo no intente sanarse, quiere que el rapazuelo no llegue á la edad de la discreción, sino que siempre esté chillando á los tirones de orejas de la madre. El peje grande se come al chico, dice la ley natural. Evidente es que el peje hispano-americano se agrandó y pudo comerse al del Mar Mediterráneo y el Golfo de Gascuña. ¿Hay algo de censurable en este hecho? Noble y gloriosa fué la guerra entre España y Francia, porque triunfaron los hidalgos con *de*: la de emancipación de

Hispano América fué innoble y sin gloria, porque Bolívar no se llamó Simón de Bolívar y porque nosotros no fuimos independientes desde siglos ! ¿Lo que conviene á España es darnos golpes á fin de que jamás levantemos la cerviz? Escritores como el de quien tratamos, deshonrarían á España, repetimos, si hubiera síntomas de inmortalidad en sus escritos.

“Eminente y desgraciado satiro, dice en otro lugar, llama (el Padre Poncelis) á D. Francisco José de Caldas, y añade: “cuya sensible muerte pesa sobre el atarantado jefe español que le mandó ejecutar.”

“Y que hizo en ello perfectamente, comenta el piadoso y evangélico Padre Valbuena, sin que deba apenarle aquel peso ni tampoco la sensiblería del Padre Poncelis que es aquí el verdadero atarantado.

“¿ En cuál guerra no se ha hecho lo mismo?

“Querría el Padre Poncelis que los jefes españoles, en lugar de fusilar á los conspiradores, les diesen dulces?..

“ ¡Ah, Padre Poncelis! Crea Ud. que lo que pesa verdaderamente sobre muchos jefes españoles de aquella época, si no atarantados, pobres hombres, no es haber hecho ejecutar á algún revolucio-

nario que otro, sino precisamente lo contrario: el no haber hecho ejecutar á todos los danzantes que, fingiéndose hijos sumisos de España, conspiraban contra ella traidoramente.”

Ni porque lleva *de* le perdona á D. Francisco José de Caldas. ¿Y se fingió hijo sumiso de España aquel mártir? ¿Se fingieron y conspiraron contra ella traidoramente todos los demás fusilados en aquella época sangrienta? Según el Señor de Escalada, todos los que moraban en estas comarcas, aborígenes y descendientes de españoles, debieron haber sido ejecutados, porque todos conspiraron contra España. He ahí otro descubrimiento muy útil: el Padre Valbuena es socio del Padre Valverde, es discípulo de Torquemada, ó de Sámano, ó de Morillo, es amigo de Weeyler, y es, además, torpe y enemigo de su patria. ¡Escribir así en Madrid en los días en que todavía están resonando en el globo los ecos de los fusilamientos de Cuba! ¿Qué más se quieren los Estados Unidos? ¿Y quién, al leer las frases citadas, se atreverá á defender los supuestos derechos de España en sus Colonias? ¿Quién ha de profesar simpatía á una nación sanguinaria, como quiere que sea su patria ese eclesiástico siniestro?

¿“Querría el Padre Poncelis que los jefes españoles, en lugar de fusilar á los conspiradores, les diesen dulces?”

Ya sabe el Gobierno de España cómo ha de proceder contra los carlistas, partidarios del Padre Valbuena, si conspiran.

Lo que suponemos es que este Reverendo Padre, quien pretende llegar á Padre Maestro, mora en algún convento agreste, como el de San Bernardo en los Alpes, donde no entran libros ni periódicos prohibidos, que son casi todos los mejores modernos, y está persuadido de que el Papa es todavía Señor de reinos é imperios. Habíamos tenido la inocencia de creer que sólo en nuestras miserables aldeas hay todavía vejezuelos que salen á gritar: ¡Viva nuestro amo el Rey Fernando VII! Hay también de estos hombres en España, hombres que visten de cogulla, es verdad, pero no pelmazos, rústicos ni bobos, quienes se están vendiendo de críticos, y maltratan, entre sus compatriotas, á Quintana, Núñez de Arce, Cánovas del Castillo, Emilia Pardo Bazán y otros, y entre los hispano-americanos, á Bello, Baralt, Olmedo y otros; y todos estos maltratos son en nombre del predominio absoluto del Papa, es decir, de la fé católica y doctrinas je-

suficinas. Chapetón más altanero y fatuo que ese, y, por lo mismo, más antipático, sólo hubo entre los desarrapados é innobles que al principio fueron aquí Presidentes, Virreyes y Oidores.

De Quintana dice que no fué poeta.

“¡Ay! Y así y todo resultó el dichoso *Canto á Bolívar* lata inaguantable, sin inspiración, ni espontaneidad, ni sentimiento ni nada por donde parezca poesía, como no sea por haberle puesto en verso trabajoso y malo, después de haberle armado primero en prosa, como hacía con sus odas nuestro Quintana, y como hacen casi todos los poetas que no son poetas.”

¡Quintana, el llamado Tirteo español, es calificado así después de tantos años de gloria! Probablemente el Padre Escalada es menospreciado en España, por que de lo contrario le hubieran apellidado sacrilego y Eróstrato, y hasta lapidado en las calles. Quintana y Olmedo no son templos de Efeso, pero brillan en el recinto de templos construidos para ellos por la gratitud de los hombres. Que venga un metemuertos y trate de derribar á estos poetas de su sitio, sólo porque á él le da la gana; dá ira al vulgo y á la clase culta mueve á evitar el desacato. ¡A la Policía ese hombre! Llévenlo, llévenlo,

á empellones, si es preciso. ¡Guayaquil ha erigido estatua á su Olmedo, y un escolimoso agente de Rodín, se empeña en ordenar que la demuelan!

¿Qué nos va ni nos viene el modo como Quintana y Olmedo compusieron sus odas y cantos, si éstos son bellos y revelan un alma patriótica y noble? Aquí no hay quien haya averiguado ese crimen de Olmedo, eso de haber *armado* primero en prosa lo mismo que después hubo de ser puesto en verso, lo que prueba que aquí ó no somos muy envidiosos, ó no somos tan prolijos que queramos indagar cuál río riega un campo para después esparcirnos en la belleza del paisaje, ó, en fin, no tenemos el gusto tan exquisito como lo tiene el señor de Valbuena, á quien recrean las poesías *espontáneas*, no las que revelan perseverancia y anhelo de que á todos satisfagan.

Tú me pides unos versos
y yo te los voy á dar;
pero con la condición
de que te dejes besar.

Entonces es cuando salta el fraile, río y suda y se pone rojo, á pesar de que, según él dice, no le gusta la lujuria, y palmea hasta lastimarse las manos

“No sé qué cualidades serán, como no sea la lujuria, dice; que esa sí, *resalta* en toda la moderna literatura americana.”

Ya se puso rojo, con todo eso, al oír la redondilla anterior.

Pero lo mismo es que oiga :

Y el rayo que en Junín rompe y ahuyenta
La hispana muchedumbre
Que más feroz que nunca amenazaba
A sangre y fuego eterna servidumbre,
Y el canto de victoria
Que en ecos mil recorre ensordeciendo
El hondo valle y enriscada cumbre,
Proclaman á Bolívar en la tierra
Arbitro de la paz y de la guerra.

“Qué armonía ni qué dulzuras, exclama, habrá allá por en medio del interminable y soporífero canto, cuando al principio es así? Qué tendrá de poeta quien después de mucho clavetear y limar y machacar en su obra, no acertó á darle mejor encabezamiento que ese montón de ásperas majaderías que dejo copiadas?”

Se olvida de Cañete, se ríe de Menéndez Pelayo. Cañete elogia el esmero y la proligidad del cantor de Junín.

“La continua efervescencia pindárica!” dice Escalada refiriéndose al con-

cepto de Menéndez Pelayo. "Esto casi da ira," añade.

Iracundo suele ser el fraile; pero forzoso es que continúen los capirotaños. Está visto: el aristocrático Sr. de Valbuena y de Escalada, Marqués de los Aspavientos y Garullas, no escribe sino para los toreros, las manolas y los chulos.

Este incidente nos trae á la memoria una muy donosa ocurrencia: Admirábase en un teatro de Lima á la muy admirada Sara Bernhard. Son ustedes unos gahnápiros, nos gritó de repente un individuo. Esa mujerzuela se ejercita todos los días en el desempeño del papel que representa. ¿De qué se admiran? Pues, del ejercicio, contestó un compañero mío. El sujeto había sido actor silbado.

El viejecillo de Sara es el mismo viejecillo de Olmedo: como Sara era mujerzuela por el crimen de ser insigne actriz, Olmedo es *grandísimo cursi* por el crimen de ser insigne poeta. Siempre aquello de que las cumbres en todo orden atraen nimbarrones y rayos.

De Núñez de Arce dice que unos versos que de él cita *no son del todo malos; pero que tienen demasiados epítetos.*

¡ De estos maestros necesita Núñez de

Arce, y á la hora en que todos le están llamando gran poeta !

¿ Qué harán estos escritores al verse regañados por un escritorzuelo semejante ? Lo que hacía Napoleón cuando sus soldados le llamaban *le petti caporal*.

Don Antonio Cánovas del Castillo, á quien largo tiempo hemos visto en el poder, resulta un estudiante grotesco en el libro del *sabio* Escalada. Allá los partidarios de Cánovas. Pero véase de qué modo empieza, á criticarle :

“escribía,” dice.

“Mal también, por supuesto.

“Tan mal como gobernaba, y no me atrevo á decir *que* peor, porque me parece *que* no cabe escribir peor *que* como gobernaba aquel hombre.”

El Padre Valbuena es al revés de Quintana y Olmedo : *arma* en verso para después poner en prosa ; pero resulta que le son necesarias muchas cuñas, muchos *que*, pues de lo contrario la armazón se vendrá al suelo al menor soplo.

Otros han censurado el vicio de la repetición del *que*, más repugnante que el atragantarse con huesos de duraznos.

“Aun antes que terminada la guerra civil de la península, la cuestión del matrimonio del Rey,” dice el señor Cánovas.

“La, la,” repite el Padre Valbuena, como rapazuelo á quien le gusta remedar.

Se olvidó de que por ahí dice : *habrá allá*. Cuatro *aes*, y se queda muy fresco aquel ruisñor de la prosa.

“No menos notables,” dice en cierto lugar otro escritor.

“No menos no,” remeda el reverendo con muecas de gracioso.

Y poco antes ha dicho él : “según se lee en la portada.”

“Estadistas y hombres de letras insignes,” dice otro.

“¿ Las letras son las insignes ?” exclama el Padre riendo.

Y él dice :

“Y quizá don Antonio, por casualidad, haya acertado.”

Antonio no puede ser por casualidad, sino porque así le bautizaron. A no ser que ese señor presbítero opine contra el Sacramento del Bautismo. Debíó haber dicho : “D. Antonio haya acertado por casualidad.”

A Doña Emilia Pardo Bazán trata Su Altesa el Señor Duque de tantas Campanillas, precisamente como un cura de aldea suele tratar á sus feligreses ignorantes, asiéndola de la ropa, á pelliscos, salpicándole saliva en la cara,

tánto se aproxima para echarle contumelias. ¿Y cómo hemos de decir desde estas selyas á quien se cantonea en salones de reyes, que no es esa la manera de conferir con señoras? Ni caso ha hecho aquel señor de las advertencias de su compatriota y profesor Gómez Hermosilla: “esto es grosero, dice éste, reconvinendo á Góngora. A una Reina, á una Señora particular, á una mujer, sólo por serlo, se le debe tratar con más decoro”.

Se eucara con la Señora Pardo Bazán y dice este Zoilo: “Tras de la mala prosa de la serigata de Doña Emilia”....

¿Serigata? No sabemos lo que esto signifique. Doña Emilia escribe mucho mejor que Ud, seo Serigato!

“Sigue Doña Emilia escribiendo de una manera!....

“Ya se ve; como no suele hacer caso de los consejos que se le dan, no aprende nada, y siempre está lo mismo, si es que no va de mal en peor la pobre Señora”.

¿Lo ven ustedes? Parece que habla con una limosnera. Y los consejos son: “Si-es-que-no-va-de-mal-en”. ¡Ocho monosílabos, uno después de otro! Esta no es prosa de serigata, sino de quien estaquilla tacones.

Nos admira que ningún español, ya

que los españoles han tenido fama de galantes, haya intervenido, como caballero cortés, en defensa del decoro de esa dama. ¿Ó será que no conocemos mucho la literatura española moderna? Ya oímos la contestación del crítico: la mujer llega á perder sus derechos á la cortesanía y finura, apenas incurre en errores que tienen conexión con el género humano. Por eso no ha perdonado la historia á Jezabel ni Atalía, á Mesalina ni á Cleopatra, á Catalina de Médicis ni á Catalina de Rusia. Esto, verdad es. ¿Pero Doña Emilia Pardo Bazán, ó cualquiera otra escritora, es de este linaje de mujeres? ¿Es posible que haya sido víctima el señor de Escalada de la tiranía de aquella célebre Señora? Así parece, pues la envidia no es pasión anticatólica.

La osadía es propia de frailes y clérigos: viene de la convicción de su fuerza. El eclesiástico se tendrá por invulnerable hasta la difusión completa de las luces. Asustóle la invención de la imprenta; pero luego se refugió detrás de parapetos. El fraile imita al fraile: la disciplina de ellos es modelo. Por eso es que los sacerdotes modernos tienen la misma osadía que los sacerdotes antiguos.

Lo que decimos de los frailes debe entenderse de los fabricados en la misma turqueza. Si así habla el padre Valbuena, con tamañas sinrazón é injusticia, de escritores que son tenidos por grandes en Europa, no es extraño que diga de una hasta ciento cuando trata de escritores Hispano-americanos. Parece que precisamente escribe acerca de ellos por gozar del deleite de ofender á alguien, ya que confía en la impunidad absoluta.

“La verdad es que Bello no fué poeta, dice, sino un versificador pesado, rípioso y oscuro hasta lo insufrible.

“Don Rafael María Baralt, el académico que tuvo la desgraciada ocurrencia de componer un *Diccionario de Galicismos*, sin conocer bien la construcción castellana fué uno de los versistas más prosaicos y pedestres.”

Estos conceptos, por ser generales y absolutos, requieren indudablemente muchísimas pruebas: lo contrario probará una nueva inverecundia del padre.

De Bello dice que su anacreóntica al *Anauco* no se entiende apenas; su traducción á la Oda de Horacio, *O nabis*, poco más ó menos.

No las entenderá él.

Critica una estrofa de la silva *A la*

agricultura en la zona tórrida, con razón ó sin ella, y se acabó.

Respecto al señor Baralt no da ni una sola prueba.

¿Puede uno imaginarse que el padre Valbuena no sea pesado, rípioso, oscuro, pedestre, si escribe las siguientes frase, después de criticar como se acaba de ver?

“Vamos, padre Poncelis, *que* eso ya me parece *que* es demasiado.”

Un marmitón pudo haber dicho:

Eso ya me parece demasiado.

“Digo *que* dicen *que* salen porque la verdad es—*que*—yo—no—le—he—visto nunca.”

¡Qué frase! Seis monosílabos juntos y salpicada de tantos *que* innecesarios.

“A los escritores americanos hay que dejarles decir como acientan,” dice.

¡Miren la indulgencia del Padre!

A Montalvo ni le nombra, y digan si hay buena fé en la omisión. Montalvo les ha enseñado á él y otros, si bien no todos los discípulos han salido bien aprovechados. ¿Por qué no escribió el fraile contra Olmedo en época en que relampagueaba Montalvo? Entonces le hubiéramos visto rabo entre piernas, y él sí hubiera necesitado taparrabos. ¡Llamar á Olmedo *cursi* precisamente por aquello

por que tanto han elogiado á Virgilio!
“El trueno horrendo que en fragor re-
vienta.

Y sordo retumbando se dilata”....

“Arma virumque cano, Troiae qui pri-
mus ab oris.”

Debió don Antonio de Valbuena ha-
berse acordado del buen sentido, de la
observación de los escritores sensatos
acerca de la crítica, observación repetida
por su compatriota don Marcelino Me-
néndez Pelayo:

“Pero *ubi plura nitent* no debe la crí-
tica formal detenerse en tales pequeñe-
ces; que entregamos desde luego á la
voracidad de los pedantes.”

¿Ya oye el señor de Escalada lo que
le dice un correligionario y compatriota?

Pedante es, mal escritor es, y, sobre
todo es mal hombre, porque la mayor
parte de sus páginas están revelando
mala fé.

Zapatero, á tus zapatos, dice el pro-
verbio.

Hace reir á veces, muestra ingenio el
crítico; pero no es de buena ley, como
debe ser el que toma la autoridad de juez
y se alza sobre muchos hombres eminen-
tes.

ROBERTO ANDRADE.